

HACIA UNA ESTRATEGIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LA ARGENTINA

Por **Torcuato S. Di Tella**

Para comenzar, es preciso aclarar por qué nos planteamos un objetivo socialdemócrata, en la Argentina o en general en América Latina. ¿No estaremos cayendo víctimas de la imitación europea, que tantos destrozos políticos e ideológicos ha hecho entre nosotros? El peligro es real, empezando por el nombre, que es una mala traducción del alemán, lo mismo que el laborismo, que no existe en Gran Bretaña: a lo sumo hay ahí un Partido de los Trabajadores, o Partido Obrero, como lo llamaba Juan B. Justo en su época. El agregado del “ismo” indica la fuerte torsión en el espacio-tiempo latinoamericano respecto al europeo y la tendencia entre nosotros a ideologizar injustificadamente las experiencias ultramarinas.

De todos modos continuaremos usando la palabra social-democracia, o laborismo, sancionadas por la costumbre, pero la disquisición filológica sirve para ponernos en estado de alerta ante la aplicabilidad de los modelos. La socialdemocracia europea consistió en la adaptación de los valores del socialismo (una religión universal) a las condiciones peculiares de cada realidad nacional en el occidente europeo. El surgimiento de esa religión universal casi coincidió en el tiempo con la formación de condiciones socioeconómicas tales que permitían la acción autónoma de los trabajadores. Los primeros núcleos obreros rápidamente adoptaron los valores socialistas, de manera que en la práctica el socialismo europeo nunca tuvo que competir seriamente con otros movimientos populares fuertemente arraigados en la masa obrera, sobre todo en su sector urbano. Se dio sí competencia entre variantes de la ideología socialista, que van de la socialdemocracia al comunismo y al anarquismo. Hubo ciertos sectores obreros y sindicales que simpatizaban con partidos tradicionales de clase media, como los radicales o los liberales, o con los clericales católicos o protestantes. Pero eran grupos reducidos, restos de etapas previas a la adquisición por la clase obrera de una capacidad de auto-organización política. Más grave, por cierto, fue el reto del fascismo, pero aunque éste concitó, en algunas partes, a grandes muchedumbres, ellas principalmente provenían de estratos sociales distintos a aquellos en que se había siempre concentrado el movimiento socialista. Como es obvio, esta situación no se da, en cambio, en los países del Tercer Mundo, donde a menudo un movimiento populista compite exitosamente con el socialismo, adornándose a veces, sin embargo, con partes de su ideología o su tradición. El caso del peronismo en la Argentina es de los más conocidos a este respecto, pero situaciones semejantes se dan en muchas otras partes de América Latina, tema al que luego volveremos pues es central para nuestro análisis.

El socialismo europeo, entonces, encontró un campo relativamente “virgen” en la clase obrera industrial urbana, lo que le facilitó el identificarse con sus más antiguas tradiciones de lucha. Por otro lado, tuvo que adaptarse a las características nacionales, que principalmente consisten, a los efectos de este análisis en:

1. el fuerte desarrollo industrial y tecnológico de largo plazo, con haches cortos, como la depresión de los años treinta;
2. la existencia de conflictos nacionales muy intensos, que llevaron a guerras en que el movimiento se identificó en lo básico con los intereses y las políticas de cada país en que actuaba;
3. el imperialismo, ligado a ambos puntos anteriores, y al cual el movimiento socialista, aunque con reparos, se adaptó, aun cuando fuera para desarticularlo en alguna de sus más arcaicas expresiones;
4. la progresiva consolidación de un orden legal de parlamentarismo o democracia con participación amplia, pero dentro de los cánones del derecho burgués, que cargan los dados del juego político muy a favor de las clases dominantes.

La socialdemocracia, entonces, no es meramente socialismo más democracia. En su experiencia europea, que reconoce variantes de cierta importancia, desde el laborismo nórdico al eurocomunismo mediterráneo, implicó una adaptación dinámica, pero adaptación al fin, a los factores señalados. Para resumirlos, implicó un desarrollo de la acción política en un medio obrero favorable, lo que convirtió a los sindicatos en importantes elementos de su arsenal político, y una integración a las reglas de juego y a los intereses nacionales e internacionales de las clases dominantes. Este es por cierto el revés de la trama de la cara brillante que proclama “socialismo y democracia”. En base a ese revés de la trama muchos condenan la experiencia socialdemócrata europea, aunque no resulta fácil mostrar experiencias mejores o que tengan un revés más limpio.

ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS LATINOAMERICANOS

En los países latinoamericanos, en los momentos de creación y primera expansión de la ideología socialista universal - digamos a mediados del siglo pasado - las condiciones no estaban dadas para una acción autónoma de la clase obrera. De hecho, apenas si lo estaban para la burguesía capitalista. Extrañamente, en cambio, había ya una tradición y una experiencia de movimientos populares de rebeldía, desde el de Tupac Amará a la Insurgencia mexicana y la rebelión de esclavos de Haití, incluyendo fenómenos caudillistas, algunos bastante radicales, como el artiguismo, y otros más conservadores pero no por ello menos movilizados de masas, como el rosismo. En la experiencia europea no hay, realmente, un equivalente de estos fenómenos. No porque no haya habido rebeliones populares, o masas movidas por los símbolos del Trono y el Altar. Pero ellos, o bien habían sido más localizados, o muy antiguos como la rebelión campesina alemana del siglo XVI, o bien - y ésta es la diferencia más importante - habían confluído con la tradición de lucha popular incorporada luego por el socialismo. Esto es particularmente el caso de la Revolución Francesa. Aunque ella fue capitalizada por la burguesía, sus aspectos más radicales siempre fueron parte de los antecedentes tomados por el socialismo como formadores de su ideología. Dicho de otra manera, el socialismo es, en buena medida, una meditación sobre lo ocurrido en la gran Revolución Francesa, y luego en los otros fenómenos revolucionarios de 1830, 1848 y 1871. Las rebeliones populares y los caudillismos movilizacionistas latinoamericanos, en cambio, están más huérfanos de intérpretes ideológicos, han sido menos incorporados al corpus principal de una construcción teórica con pretensión de validez universal. No es, por cierto, que no tengan sus herederos intelectuales y sus cultores, pero en general se trata de una instrumentación más directamente política, y con fuerte contenido nacionalista. Así, por ejemplo, los insurgentes de 1810 están incorporados en el panteón mexicano, pero no son suficientemente conocidos ni tomados en serio en el resto del continente. Y lo mismo pasa con los demás episodios mencionados, que a lo sumo adquieren trascendencia para un nacionalismo patriótico, sin alcanzar a ser partes de un racconto universalista con valor teórico e ideológico.

En la concepción de Marx y sus primeros seguidores todos estos procesos políticos latinoamericanos eran ignorados, tergiversados, o a lo sumo objeto de interés anticuario. Su conocimiento y elaboración científica no eran considerados parte del instrumental teórico necesario para orientar mejor las luchas por el socialismo, que en cambio sí podía sacar conclusiones útiles de una interpretación crítica de la Revolución Francesa o aún la Inglesa. Esta actitud fue adoptada en buena medida por los primeros pensadores socialistas en nuestro continente. El fenómeno se dio, lógicamente, más en aquellos países como Argentina, Uruguay, el sur del Brasil, o aun en Chile, influidos por la inmigración masiva europea. Recién sobre el filo del siglo comenzó a haber, en proporciones importantes, masas obreras sindicalizables, con capacidad de acción colectiva propia, y de enfrentamiento incluso violento con el orden establecido. Pero es preciso hacer una primera distinción entre esos sectores populares. Por un lado estaba el ya aludido fenómeno de las áreas de inmigración europea, con condiciones bastante parecidas a las del continente de origen. Clásicamente esto ocurrió en la Argentina y Uruguay, que bien podían pensar, en ese entonces, que iban a seguir la vía australiana de reproducción de condiciones sociales y políticas parecidas a las europeas, pero con el añadido de darse en "zonas vacías", o sea con gran disponibilidad de tierras, y ausencia - justamente por ser "vacías" - de tradiciones locales relevantes. Por el otro lado, sin embargo, ya en aquel entonces, se podía ver en México, Perú, el norte de Chile, y otras áreas menores, la formación de concentraciones importantes de mano de obra minera o agroindustrial, básicamente nativa, con bajo componente de migrantes extranjeros en su seno, y con bastante capacidad de enfrentamiento con las autoridades empresarias y políticas. Esas zonas, claro está, no estaban "vacías", lo que llevó a sus intelectuales a preocuparse más por sus tradiciones de lucha, aunque el instrumental marxista podía llevar a gruesos errores si no se lo revisaba y adaptaba radicalmente.

Entre 1910 y 1917 se dan varios fenómenos revolucionarios en países de la periferia, que rápidamente adoptan componentes antiimperialistas y anticapitalistas, aunque estos últimos no se consolidan más que en un caso. Se trata, por supuesto, de México, China y Rusia. La trascendencia mundial del fenómeno ruso no debe hacernos dejar de lado los otros dos, especialmente, desde una perspectiva latinoamericana, el mexicano. Así como una generación anterior había pensado que el *Weltgeist* se había posado sobre Francia en el momento de la toma de la Bastilla - ignorando la toma de la alhóndiga de Granaditas - así un grupo posterior diferenció entre la Revolución Rusa, parte de un devenir histórico mundial, y la Revolución Mexicana, episodio de interés local, sin válidas lecturas teóricas. Al señalar este hecho, no quiero adoptar una perspectiva cerrada como si América Latina fuera el centro del mundo - aunque da la casualidad que vivimos en ella - ni negar la importancia del fenómeno francés o del soviético. Pero el grado de elaboración conceptual y teórica de que el proceso ruso o el francés han sido objeto, por comparación al mexicano, aún entre nosotros, es simplemente parte de la dependencia cultural que nos afecta.

De todos modos, a partir del fin de la Primera Guerra Mundial, el mensaje ideológico socialdemócrata - que había sido hasta ese entonces el dominante en Europa Occidental - comienza a tener dos rivales de importancia, que operan

sobre los mismos grupos intelectuales y obreros a que aquel se dirigía, y que además tienen más capacidad para alcanzar a las masas rurales y marginales. Se trata de la variante leninista del socialismo, y de la ideología nacionalista revolucionaria.

La práctica socialdemócrata sólo se consolida en la Argentina, encauzada en un Partido Socialista que lentamente va integrando o marginando a las corrientes anarquistas y sindicalistas revolucionarias, y que tiene a su lado a un Partido Comunista muy signado por la táctica del Frente Popular. Conociendo los eventos posteriores a la Segunda Guerra Mundial se puede ver que ya entonces el socialismo argentino adolecía de ciertas fallas que le impedían penetrar en las partes del país menos tocadas por la inmigración europea. Un cierto dogmatismo le dificultaba entender, o captar parte del electorado, del partido popular de aquella época, la Unión Cívica Radical. Pero hasta el advenimiento del peronismo, el Partido Socialista se proyectaba como la principal expresión política de la clase obrera organizada del país, en alianza con sectores de baja clase media intelectualizada, como es típico del modelo socialdemócrata. Un Partido Comunista débil electoralmente - y a menudo ilegalizado - pero con bastiones sindicales sólidos, completaba el panorama, aportando lo que podía llamarse un “eurocomunismo” avant la lettre, en lo referente a uso de tácticas reformistas, aunque no en lo que concierne a su dependencia respecto a Moscú.

En Chile, hacia el final del período de entreguerras, la izquierda tenía bastante fuerza electoral, y estaba hegemonizada por un Partido Comunista muy integrado al sistema político nacional. El Partido Socialista era un conglomerado de diversas corrientes ideológicas, con aportes leninistas y nacionalistas de tipo aprista, reflejados estos últimos, quizás, en el hecho de haber tenido como dirigente máximo, por años, a un militar del arma de aviación. La orientación reformista del conjunto, en la práctica, era evidente, por su participación en el Frente Popular que accedió al poder, aliado con los radicales, en 1938, pero la elaboración ideológica socialdemócrata no era nada clara. Esto se refleja luego en la dificultad de asumir un rol pragmáticamente reformista cuando otra alianza popular, esta vez sin un fuerte partido radical como balance, llevó a Salvador Allende a la Presidencia de la República.

En México, hasta la Segunda Guerra Mundial aproximadamente, la revolución tomaba un camino con fuertes componentes socialistas, aunque con altibajos e inestabilidades en su liderazgo. La elaboración teórica incorporaba mas elementos de la tradición local que en otros casos, dando gran importancia a la filiación histórica con la corriente liberal radical encamada en Juárez y las luchas contra la intervención extranjera. Pero el componente socialista era visto como una adaptación de un corpus que era principalmente el leninista.

Más centrado en la ideología socialdemócrata fue el aprismo, que además tomó como inspiración a la Revolución Mexicana, prestando también mucha atención a la experiencia del Kuo Min Tang en China. En la doctrina de Haya de la Torre el componente leninista estaba ausente, y se buscaba integrar elementos de la tradición política y cultural latinoamericana, en una síntesis que tuvo gran impacto en todo el continente. De todos modos, las condiciones del Perú forzaron al aprismo a una praxis política insurreccional, y a numerosos intentos de acceder al poder por la vía de golpes con apoyo militar, lo que nunca tuvo éxito, pero hizo tardar mucho la maduración de una estrategia reformista y de expresa inspiración socialdemócrata. Esta recién fructificó después de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente en la lucha contra Odría, para lo que se buscó la alianza con sectores progresistas norteamericanos. En cuanto al pensamiento de Mariategui, él implicó una renovación y adaptación ecléctica del marxismo, pero tardó mucho en influir a las fuerzas políticas de área. Por otra parte, su prédica no tomó, en el momento, cauces socialdemócratas.

En Brasil los años treinta vieron el surgimiento del varguismo, en alianza con elementos progresistas de los militares (*los tenentes*), pero formando un régimen bastante conservador, con poca dimensión popular hasta fines de la guerra. Mientras, se iba formando un Partido Comunista con inserción nada despreciable en ciertos sectores sociales estratégicos aunque con pocas oportunidades de expresarse en las urnas.

En Cuba, la agitación de los años treinta generaría numerosas corrientes revolucionarias, de contenido nacionalista y populista, y un Partido Comunista con influencia sindical. Sin embargo, el componente socialdemócrata no tenía relevancia alguna.

LA COYUNTURA ARGENTINA DE 1943

No es mi objeto hacer una historia completa de la evolución de los movimientos políticos populares en América Latina. Pero la suscita revisión realizada es necesaria para comprender las alternativas o modelos posibles que se planteaban, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, para quienes querían actuar en procura de reformas sociales, basándose en la acción de las clases populares y sus eventuales aliados. Mas particularmente, mi intención

es entender el predicamento en que podían encontrarse los dirigentes políticos argentinos ante el golpe de Estado Militar, fuertemente hegemonizado en un comienzo con la derecha, de 1943. Se pueden agrupar las posiciones posibles en las siguientes alternativas:

1. *El modelo socialdemócrata clásico*, tipo laborismo británico, con un partido fuertemente ligado a los sindicatos, y con grupos de baja clase media e intelectuales aportando buena parte del liderazgo y del activismo. Una subvariante era la del Frente Popular, en coalición con un Partido Comunista orientado de manera moderada, y con algunos de los partidos de clase media, como los radicales. La situación existente hasta el momento en Argentina y Chile se acercaba a este modelo, con una mayor rigidez ideológica en el caso argentino, país que podía pretender, más que Chile, por su influjo migratorio, ser una reproducción ultramarina de los países europeos, o de Australia y Nueva Zelanda, donde un sólido laborismo ocupaba el hemisferio de la izquierda.

2. *El modelo mexicano-aprista*, que implicaba la formación de partidos políticos populares con liderazgos de clase media o sectores de burguesía o aún militares revolucionarios, y apoyo en segundo plano de un sindicalismo con componentes más movilizados que asociativos. Se pensaba que este modelo era apto para países menos desarrollados, y con componentes indígenas importantes. En Argentina el radicalismo, independientemente de lo que pudiera haber sido en los momentos de máxima popularidad de Yrigoyen, no aparecía como siguiendo este modelo, sino más bien como representante de una posición centrista, con la que se podían establecer alianzas tácticas tipo Frente Popular. No se lo veía como una fuerza suficientemente dinámica de cambio social, aunque sí garantía de consolidación democrática.

3. *El modelo leninista, o socialista revolucionario*, estaba siendo puesto en la congeladora por la política externa soviética, pero se practicaba en algunos lugares, como China, aunque durante la guerra esto aun no tenía la visibilidad que luego adquirió al triunfar en 1949 la revolución. Minorías ideológicas en los diversos países del área simpatizaban con esta posición, pero ella no tenía suficiente respaldo, porque el único país que podía decir que la había practicado con éxito ya no la preconizaba, por motivos de política externa. Esto, sin embargo, podía cambiar en cualquier momento, de manera que el modelo, aunque en estado larval, tenía una potencialidad nada despreciable. Era creíble, eso sí, que el se aplicaría, en todo caso, en los países menos desarrollados del área.

4. Finalmente, se podía concebir una actualización del *caudillismo* popular, con liderazgo carismático civil o militar, que había tenido fuerte vigencia en el siglo pasado en el Río de la Plata y otras partes del continente. Sin embargo, no existían ejemplos actuales de ese tipo, salvo algún barrunto de "socialismo militar" en Bolivia, o *el tenentismo* parcialmente expresado a través de Vargas en Brasil. También en esta categoría algo residual se podía imaginar una versión local del fascismo, visualizado como una *tercera vía* entre capitalismo liberal y comunismo. Sin embargo, para la época considerada, de mediados de la Segunda Guerra, al fascismo se lo veía en los ambientes intelectuales, en su gran mayoría, como de derecha y reaccionario, salvo, claro está, en ciertos sectores católicos o nacionalistas.

Las peculiares tensiones sociales existentes en la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial - ligadas a la etapa de industrialización por la que pasaba el país, necesitado de proteccionismo para consolidar el crecimiento inducido por el conflicto bélico - produjeron una verdadera mutación en el sistema de partidos políticos. Antes de la guerra éste se parecía bastante al chileno, reconociendo ambos cercanos modelos europeos. En la izquierda, gamas de socialismo, con mayor poder electoral en Chile, pero nada despreciables en la Argentina. En el centro, el radicalismo, a ambos lados de la cordillera. En la derecha, una combinación liberal-conservadora, fuerte electoralmente en Chile, aunque con ayuda de la compra de votos, y relativamente débil en la Argentina, donde recurría directamente al fraude, sin por eso estar ausente del panorama como fuerza capaz de competir, al menos en algunos distritos electorales de peso. En Chile el sistema sobrevivió a diversas conmociones, superando el impacto meramente temporario del ibañismo en 1952, pero, eso sí, reemplazando al centro radical por un nuevo centro democristiano. En la Argentina, en cambio, del seno del régimen militar iniciado en 1943 emergió un nuevo proyecto político, encabezado por Perón, apoyado por una elite cívico militar de muy heterogénea composición ideológica. La gran mayoría de los intelectuales de izquierda, directa o indirectamente ligados al polo socialista del esquema anterior, se colocaron en firme oposición a lo que ellos veían como reproducción americana del fascismo europeo, con parecida capacidad de llenar las plazas de multitudes, en buena medida movilizadas contra los centros de la alta finanza y del capitalismo internacional. Entre los sindicalistas de mayor militancia ideológica también se dio un rechazo a la nueva experiencia, aunque un número considerable de antiguos jefes obreros se plegó al nuevo movimiento, Este, sin embargo, en lo principal, reflejaba el acceso de nuevas masas antes no incorporadas

al sistema, y dispuestas a admitir fácilmente liderazgos externos y planteos pragmáticos, pues no tenían o no reconocían una tradición ideológica propia, de clase. Más bien, dado su carácter en gran parte migratorio del interior del país, o su anterior pasividad, estaban favorablemente predispuestas a dirigencias paternalistas y a lo que Juan B. Justo había estigmatizado como “política criolla”. Eran, justamente, criollos, definiendo la palabra con cierta amplitud, incluyendo a más de un hijo de extranjeros que buscaba reafirmar su nacionalidad, contra el excesivo eurocentrismo de la izquierda clásica, en todas sus variantes, desde la socialdemócrata a la anarquista y la comunista.

¿Podría la izquierda argentina haber reaccionado diferente ante el reto que provenía del Secretario de Trabajo y Previsión del régimen militar? La posibilidad por cierto debe admitirse, aunque a veces se argumenta, equivocadamente, que lo que ocurrió debía necesariamente ocurrir. Incluso está el cercano ejemplo de Chile, en que la izquierda supo reaccionar exitosamente ante un semejante rival populista, el General Ibañez, con una mezcla de alianza, negociación y oposición, por parte, claro está, de diversos componentes de su conjunto político. De todos modos, y sin negar la posibilidad y quizás aún la deseabilidad de una reacción diversa, el hecho es que las cartas estaban dadas en la Argentina de manera tal que era muy difícil jugar exitosamente la mano que poseían los partidos y núcleos de orientación socialista. Hay que tener en cuenta que la distorsión ideológica dada por el modelo europeo a nivel intelectual generaba un “efecto de demostración” mucho más fuerte en el Río de la Plata que en el resto del continente. Por otra parte, la enorme fuerza del impacto inmigratorio extranjero a nivel de masas, no igualado en ninguna otra parte del mundo, había creado ya no en las elites sino en niveles populares grandes ausencias de participación. En la Argentina, durante décadas, la enorme mayoría tanto de la burguesía urbana como de la clase obrera calificada habían sido extranjeras, y por lo tanto poco integradas al sistema de participación ciudadana, a pesar de las notables excepciones que se pueden señalar. Ese vacío de participación debilitó o aún imposibilitó la emergencia de un fuerte partido burgués progresista - que Juan B. Justo ansiaba casi tanto como uno socialista - siendo su lugar reemplazado por un partido conservador estancieril, y por un populismo de clase media, ninguno de los cuales tenía suficientes raigambres en la burguesía próspera de las ciudades. El vacío dado por la condición extranjera también debilitó los vínculos orgánicos entre la clase obrera y el sistema de partidos que la podían representar en el Congreso, dando en cierto sentido pies de barro tanto al Partido Socialista como al Comunista.

El movimiento político dirigido por el General Perón demostró ser perdurable, a diferencia del integrado en torno de su émulo chileno. La diferencia no puede buscarse en un contraste entre las dotes de ambos caudillos. Más acertado es fijarse en la existencia, en Argentina, de muy importantes intereses industriales y militares, que buscaban expresarse, durante la Segunda Guerra Mundial, preparándose para enfrentar un futuro que les parecía desastroso para después de la guerra. Esta convergencia industrial-militar no tuvo equivalente en Chile, o al menos no lo tuvo con suficiente fuerza y sentimiento de crisis pendiente como para generar los fenómenos ideológicos, psicológicos y políticos que formaron la elite peronista, y le dieron su peculiar capacidad de comunicación de masas.

El peronismo en el poder demostró no tener un gran respeto al sistema de libertades públicas y equilibrio de poderes. Sus ribetes autoritarios se evidenciaron desde un comienzo; en realidad, estaban ínsitos en su origen en la dictadura militar del '43. Una de sus primeras víctimas fue el propio Partido Laborista, principal órgano partidario en que se expresó el movimiento popular que lo llevó al poder, y en el que algunos antiguos jefes sindicales pensaban reproducir la experiencia británica, pero con acentos nacionales a diferencia de los extranjerizantes del Partido Socialista, más afín al modelo centralizado francés o alemán que al altamente federativo y amalgamador de diversas tendencias ideológicas vigente en Inglaterra. Ya antes de asumir el poder Perón disolvió al Partido Laborista, lo que suscitó muy débiles reacciones en su seno. Luego fue ajustando los controles sobre otros aspectos de la vida nacional, en particular desde la *razzia* de diarios independientes realizada en 1950, y el control de la radio y, luego, televisión, a la que la oposición no tenía acceso más que en muy contadas ocasiones.

Estos fueron años de particular descrédito del modelo socialdemócrata en la Argentina, reducido al ámbito de un Partido Socialista convertido en aliado menor de una coalición de centroderecha, que incluía también a un radicalismo muy reducido electoralmente, instrumentado como vocero de intereses conservadores y de complotos militares. Después de la caída del peronismo en 1955 este esquema político continuó, o aun se agravó, pues muchos ideólogos de orientación socialdemócrata se convirtieron de perseguidos en perseguidores, demostrando algunos de ellos una particular dureza hacia las huestes populares “equivocadas” y una excesiva ductilidad ante el advenimiento de nuevos regímenes militares que salvaran al país de un retorno peronista.

CAMBIOS EN EL CLIMA IDEOLÓGICO

Avanzando los años sesenta la situación se puso, si posible, peor. El impacto de la Revolución Cubana se hacía sentir cada vez más, a lo que se sumó el del Mayo francés de 1968. Aunque el modelo soviético también sufría fuerte

erosión gracias a un mayor conocimiento de su práctica represiva, sus antiguos partidarios se orientaban a versiones más radicalizadas, como la China, o hacia los fenómenos populares del Tercer Mundo. Esto, a pesar de que llevó a creer en mesianismos, significó un elemento positivo, una primer reacción ante la obnubilación por los modelos europeos. La conclusión no tardó en deducirse: el peronismo era la vía maestra hacia la revolución social en la Argentina. La naturaleza polifacética de ese movimiento respondió a ese acercamiento, y pronto se formó un fuerte sector de ultra izquierda entre las huestes peronistas, genuinas o autoproclamadas tales. Entre la *intelligentzia* y el estudiantado la afluencia hacia el peronismo fue masiva, llevando a la violencia y al acceso compartido al poder en 1973. El peronismo, en realidad, se convertía en una coalición amplísima, que albergaba al mismo tiempo a la extrema izquierda y la extrema derecha. Este es un fenómeno menos extraño que lo que puede parecer, sobre todo si se toman en cuenta algunas experiencias históricas propias, debidamente reanalizadas, claro está. Esa convivencia de extremos ya se daba en el siglo pasado en el entorno de Iturbide, y luego en un par de ocasiones fue vuelta a ensayar por Santa Anna. En la Argentina el primer rosismo también evidenció esa característica, al unir a los restos del federalismo populista liberal de Dorrego con los más encumbrados estancieros y católicos ultramontanos. En la experiencia europea estas extrañas alianzas son menos frecuentes. Su mayor incidencia entre nosotros - y en general en el Tercer Mundo - se debe a nuestra condición periférica, asociada al desarrollo desigual, y a la coexistencia en un mismo país de formaciones sociales muy disímiles, típicas en los países centrales de etapas muy distanciadas en el tiempo. Se superponen entonces estructuras sociales incongruentes, y deben convivir sus expresiones ideológicas dando lugar a alianzas y convergencias de intereses no predecibles en términos de un esquema de desarrollo más lineal, o más europeo.

La convergencia político ideológica que se dio en torno al peronismo en 1973 es uno de los casos más extremos de este tipo de alianzas. En la mezcla, por cierto, la socialdemocracia brillaba por su ausencia. Incluso la preocupación por la democracia era muy tenue, considerándose en amplios sectores de la alianza una mera superchería burguesa. Algunos favorecían soluciones autoritarias, mientras otros pensaban que la "verdadera democracia" surgiría naturalmente después de la revolución. Una gran parte de la *intelligentzia* y estudiantado del país participó en este frenesí ideológico, no peor, por cierto, que tantos otros que han afectado a la humanidad en su larga historia. La realidad propinó durísimos golpes a los participantes en ese entusiasmo colectivo, primero por la eclosión de las contradicciones internas a la coalición, donde el sector de derecha se impuso, y luego por la represión del régimen militar.

La autocrítica por la que pasó la aludida generación intelectual argentina produjo al comienzo de los años ochenta una general desilusión con las recetas revolucionarias de tipo marxista, nacionalista, o peronista "de bases", y se convergió hacia una revalorización de la democracia realmente existente, o sea de la basada en una economía mixta, aunque para algunos ella sólo es una etapa transitoria hacia formas de democracia participativa, más genuina. De todos modos, no es ya como antes una creencia casi mágica en una futura democracia generada por la dictadura proletaria, sino una percepción de que se trata de una lenta construcción institucional. Ya no se cree más que la dialéctica o alguna otra entelequia metafísica garantice la meta final, o la conversión de una experiencia en su contraria. En fin de cuenta, en los ambientes intelectuales hay cada vez una mayor convicción en los valores permanentes de la democracia en su variante occidental conocida. Esto, sumado a una preocupación por los cambios sociales, debería dar la socialdemocracia. De hecho, amplios sectores, desilusionados de las experiencias soviéticas o china, o aún de la cubana, y dejando de lado la emulación de los líderes movilizacionistas del Tercer Mundo, miran a la socialdemocracia europea como ejemplo de una genuina Tercera Posición entre el capitalismo salvaje de mercado y totalitarismo comunista o sus réplicas en algunas variantes de nacionalismo revolucionario.

En otros países del área se dan fenómenos parecidos, Desde ya, en el aprismo y partidos afines como Acción Democrática de Venezuela y Liberación Nacional de Costa Rica, el progresivo acceso al poder, y la ejecución de políticas reformistas moderadas, busca una legitimación en las fuentes socialdemócratas de su ideología, y en el prestigioso ejemplo europeo. En Brasil también los herederos políticos del varguismo, principalmente en el PMDB, se definen cada vez en mayor medida como socialdemócratas aunque ahí la multisectorialidad del movimiento exige hablar de corrientes más que del partido en su totalidad.

Por otra parte, convergentemente, la socialdemocracia en Europa se ha ido aggiornando a partir de su rigidez tipo guerra fría de los años cincuenta. Lentamente fue adoptando estrategias pragmáticas, incluyendo la alianza electoral con los comunistas, y se abrió a una mayor afinidad con movimientos nacionalistas populares de la periferia, o con revoluciones de corte leninista, como la de Nicaragua. En sentido opuesto, algunos movimientos socialistas del Sur de Europa, como el español, que hace apenas poco más de una década pretendían buscar una fisonomía propia de tipo "mediterráneo" en que no faltaban los acercamientos a las revoluciones Libia o Palestina, adoptaban también ellos el arsenal político ideológico y las prácticas de la socialdemocracia europea, con variantes adecuadas a cada

país, claro está. Todo esto amplió el campo de acción efectivo de la socialdemocracia, de los países nórdicos europeos a donde estaba reducida, hasta convertirse en hegemónica en Francia, influir notablemente al comunismo italiano, y extender su predominio y contribuir fuertemente a la genuina democratización de países como Portugal, España y Grecia.

Por otra parte, durante todas estas décadas, la teorización, tanto en ámbitos social-demócratas como en la ciencia social universitaria, ha ido redefiniendo el rol posible de la clase obrera en el sistema político. Ya pocos creen que la clase obrera es el demiurgo de la historia, destinada a convertirse en sinónimo de la humanidad a través de la desaparición y proletarización de todas las demás clases. Lejos de ello, más bien el desarrollo tecnológico aumenta los puestos de trabajo de nivel medio y cuenta propista, que inducen a menudo actividades políticas diferentes a las de la clase obrera manual. Esta y sus partidos asociados pueden convertirse en permanentes minorías, y para evitar eso es preciso incorporar de pleno derecho, sin sentido de culpa, a las clases medias y a los sectores técnicos en un proyecto socialista. La característica de clase de la socialdemocracia tiende a desdibujarse un tanto, tema éste, de todos modos, que a veces se exagera, aunque se basa en hechos ciertos. También con frecuencia se ve que el comportamiento concreto de los sindicatos, en países donde han obtenido muchas conquistas, pasa a ser corporativo, excesivamente ligado al mantenimiento de sus intereses sectoriales.

En este ambiente intelectual comienzan a reactivarse los partidos políticos en la Argentina, a comienzo de los ochenta, basándose, claro está, en los núcleos que habían mantenido durante muchos años una larga y a veces desesperada lucha por la recuperación de la democracia. Dentro de este despertar de la actividad política partidaria, se enhebran los sectores políticamente activos de la intelectualidad, que en gran medida habían pasado por los angustiantes revisionismos y reconsideraciones de sus pasadas estrategias a que hicimos antes alusión. ¿Cuál era ahora el panorama que se presentaba?

La redescubierta valorización de la democracia hacía poco atractivo al peronismo, a pesar de su fuerte componente obrero y popular. Desde ya, sus alas extremas, tanto de derecha como de izquierda, aparecían como claramente enemigas de un régimen de convivencia civilizada. Pero también al peronismo clásico, el que soñaba con la primer presidencia de Perón, se, lo veía como poco preocupado por las libertades públicas, y con un mal prontuario en lo referente a política cultural y universitaria. En cuanto a su condición de representante obrero o sindical, ella era minimizada por el revisionismo acerca del rol de la clase obrera, sobre todo de los sindicatos, en especial si eran autoritarios y burocráticos en su funcionamiento interno. El radicalismo, en cambio, aparecía como un partido de trayectoria democrática, a pesar de su historial de vinculaciones con militares durante la lucha contra el autoritarismo de los dos primeros gobiernos del General Perón, sobre todo el segundo. El golpeo de algunos radicales a los cuarteles era visto como un recurso ocasional, para prevenir tendencias totalitarias en los gobiernos peronistas, pero no como parte de un modelo permanente. En cambio los acercamientos de algunos jefes peronistas con los militares eran interpretados como resultado de una mayor convergencia actitudinal, un intento de recrear las condiciones de alianza entre fuerzas armadas y pueblo gestada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión a partir de 1943. En cuanto a los partidos de izquierda, eran vistos como dinosaurios anticuados, totalmente faltos de modernización, repetidores de viejas consignas apenas renovadas.

EL MOMENTO ALFONSINISTA

La maduración de la inteligencia de orientación socialista en el país coincidió con una particular apertura a nuevas estrategias por parte del sector de la Unión Cívica Radical liderado por Raúl Alfonsín. Desde años éste venía batallando por mover al radicalismo un poco hacia la izquierda, superando su profundo antiperonismo, y procurando hacerle salir de su tradicional 25% del electorado, que con algunas oscilaciones le era fiel en general. Ahora la posible incorporación de muy amplios sectores de la izquierda *aggiornata* le abría una perspectiva muy prometedora. Efectivamente, la izquierda podía estimarse, en cuanto a fuerza electoral, en algo más de un 10% del total. En 1973, en las elecciones de Cámpora, los partidos definidos como de izquierda habían obtenido casi ese monto, y además había que sumarles los muy numerosos que estaban incorporados al voto camporista. Claro está que no toda la izquierda afluiría al radicalismo, pero por lo menos se podía sumar un 10% al 25% tradicional, lo que daba una base para empezar a pensar en luchar contra un peronismo quizás algo reducido de su 50% obtenido en la elección presidencial comparable de 1973, pero difícilmente estimable en menos de un 45% del total nacional. Para usar la fraseología cara a Perón, Alfonsín, para pasar la zanja del 50%, necesitaba todavía sumar a su tablón eventual del 35% algo más. Pero al menos con una base del 35% se podía estar seriamente en carrera, cosa imposible de pensar con el tradicional 25%, resultado de la acostumbrada fragmentación de las fuerzas antiperonistas. Con el desarrollo de la campaña electoral, durante 1982 y 1983, ocurrieron dos fenómenos:

- a) fue cada vez más claro a la opinión pública que Alfonsín realmente obtendría la suma de su 25% más el 10% de la izquierda renovada;
- b) ante la existencia de este importante polo, la derecha, que en 1973 había arañado el 20% en sus infinitas fracciones, se fue acercando a la decisión de votar por Alfonsín, aún cuando no gustara de los nuevos compañeros del conocido líder radical.

El resultado fue que la derecha en 1983 sólo dio a sus propios partidos el 3% del voto total, o sea que se volcó masivamente al radicalismo, facilitándole la victoria. El peronismo perdió, desde la base de 1973, diez puntos porcentuales, o sea que se le fue no sólo la izquierda incorporada y aliada en el Frente Juicialista de 1973, sino que también perdió algunos electores tradicionales, ganados por la nueva imagen de Alfonsín, que les daba mas seguridad mientras su propio partido no limpiara a fondo sus establos de Augías.

La victoria de Alfonsín ayudó a consolidar la democracia, por dos razones principales. Primero, porque su partido era el de mas claras convicciones democráticas. Segundo, porque daba a los militares y a la derecha mas garantías de transición suave que el peronismo. Esto último es discutible, y merece algunas consideraciones cuidadosas.

Hacia finales de la dictadura se hablaba de un pacto militar-sindical, que reflejaba la posible convergencia de militares y sindicalistas burocráticos para mantener el sistema corporativo y el predominio de grupos de interés oligárquicamente controlados. Esto se decía dentro de la perspectiva, que casi todos daban por segura, de una victoria peronista en las urnas. El radicalismo, en cambio, se perfilaba como el partido de la decencia cívica, de la ética, y por lo tanto preparado para dismantelar las estructuras abusivas del corporativismo de facto que vivió el país por tantas décadas. En esta perspectiva, el peronismo - expresión principal del sindicalismo burocrático - podía visualizarse como un partido de derecha relativamente al radicalismo. Este aparecía como mas izquierdista aunque no en extremo, sobre todo mas dispuesto a introducir cambios en el sistema de poder existente.

Esta perspectiva es a mi juicio errónea aunque refleja una parte de la realidad. Ella privilegia exageradamente los aspectos puramente políticos de la estructura social Argentina, dejando de lado los componentes económicos y clasistas, o sea el anclaje real de cada partido en sectores ocupacionales. Es preciso revisar algunos de los esquemas antes aludidos, empezando por el del pacto o convergencia militar-sindical. A esa imagen hay que contraponerla con la innegable realidad de que prácticamente *todos* los golpes militares (y los intentos fracasados también) realizados en el país desde 1945 inclusive, han estado dirigidos contra gobiernos peronistas existentes o previsibles. Nunca los militares se preocuparon por una victoria radical; a lo sumo estaban nerviosos por la perspectiva de que un gobierno radical (el de Frondizi en 1962 o el de Illia en 1966) fuera demasiado blando y permitiera el temido retorno peronista. El enfrentamiento principal en el país no es entre un establishment militar o de derecha corporativa por un lado, y una fuerza democrática y ética por el otro. Eso es un reflejo coyuntural de una situación más profunda, dicho sea esto sin disminuir la trascendencia de ese conflicto, que aunque no principal no es despreciable. Pero más central, en cuanto a su rol causal, es el conflicto entre, por un lado, la derecha militar-empresaria, y por el otro el movimiento popular, principalmente peronista, y que incluye los sindicatos como factor de moderación o de empuje según las ocasiones. En este enfoque, el radicalismo queda en el medio, con alianzas ocasionales en ambas direcciones. Cuando, contra la dictadura militar, arma con el peronismo y otras fuerzas un entendimiento (la llamada Hora del Pueblo o la Multipartidaria) se inclina hacia la izquierda del mentado antagonismo principal. Cuando, como en las elecciones presidenciales de 1983 enfrenta al peronismo y recibe el voto masivo de la derecha, no hay forma de evitar decir que se inclina hacia la derecha relativa del panorama político, aunque le de luego a esa posición un contenido ético. Al decir que se inclina a una derecha relativa, no estoy criticando a los estrategas del radicalismo, sino comentando los efectos que las constricciones estructurales ejercen sobre sus posibles movimientos.

Pero si esto es así, entonces ¿es una mera ilusión el “pacto militar-sindical”? No necesariamente. Lo que ocurre es que siendo el peronismo el principal contendor histórico de los militares - como el aprismo en el Perú - le es necesario buscar pactos de convivencia con su adversario, para llegar a una pacificación. Los radicales no necesitan eso porque nadie sospecha de ellos en un ataque a las bases de sustentación de la derecha militar-empresaria, mientras que sí se teme ese ataque por parte de un peronismo que fácilmente se radicaliza debido a la estructura social de su apoyo. Por cierto que esa amenaza peronista afecta mas al sector empresario que al militar de la derecha, pero ambos están conectados, y a pesar de las apariencias el sector empresario de la derecha es mas importante que el militar, incluso en un país tan afectado por el militarismo como la Argentina. Es que el motor que acciona a los militares está dado, en muy grande medida, por los temores que cunden entre las clases dominantes respecto de lo que puede depararles un gobierno peronista.

Ahora bien, en respuesta a estos enfoque a veces se dice -parafraseando a Arthur Koeestler- que uno no es responsable por los apoyos no solicitados. La posición de centro izquierda de Alfonsín y sus nuevos allegados

intelectuales no sería criticable por haber recibido el apoyo de la derecha moderada (y aún la no tan moderada) ante el adversario populista. Se compara inclusive la situación del radicalismo en la Argentina con la del Partido Socialista en Francia, que enfrenta por un lado a la derecha económica y por el otro a una izquierda autoritaria, la del Partido Comunista, más enraizado en los sindicatos obreros que el Socialista. El rol de partido obrero autoritario que en Francia cumple el Partido Comunista sería desempeñado en la Argentina por el peronismo. La comparación es interesante, pero le falta tener en cuenta algo. En Francia, aunque es cierto que Mitterrand está en cierto sentido a la derecha del comunismo, tiene a su vez a su derecha nada menos que un buen 50% del electorado, con sus correspondientes estructuras políticas partidarias y grupos de interés. En la Argentina a la derecha del *voto* alfonsinista en 1983 no hay prácticamente nada, apenas un 5%. Ahora en 1987 hay un 13%, incluyendo partidos provinciales, pero eso sigue siendo muy poco. Justamente al ser abandonada por esos votos de derecha, mas otros de izquierda, la UCR perdió las elecciones.

También se puede pensar, con algo mas de exactitud, en el caso peruano. Ahí el aprismo con Alan García llegó al 50% de los votos, y tiene a su izquierda a la Izquierda Unida, con algo mas del 20%. Pero sigue habiendo a la derecha del aprismo un buen cuarto del electorado, donde se refugia la derecha y el centro derecha, expresados en el Partido Popular Cristiano y la Acción Popular. El aprismo es por cierto mas de derecha que la Izquierda Unida, pero sigue teniendo fuertes anclajes en sectores sindicales y populares - en un país por cierto distinto a la Argentina - de manera que en su caso se puede seguir hablando de una opción socialdemócrata, y adaptada a las condiciones peruanas. Su posición, flanqueada por un partido o núcleo de partidos a la izquierda, es parecida a la del Partido Socialista en Francia. En Argentina, en cambio, el alfonsinismo tiene demasiados votos a su izquierda (o digamos si preferimos hacia abajo en la pirámide social), nada menos que un 40 o 43% (según se tome los datos de la elección presidencial o la reciente de 1987), y muy pocos a su derecha, o digamos hacia arriba: 5% en su momento de victoria, ahora que comienza un reflujo, todavía sólo un 13%, incluyendo los partidos provinciales.

También se argumenta, volviendo al tema de la polarización militar-civil (y soslayando la empresaria-sindical) que el radicalismo realizó los juicios a los militares, los cuales a pesar de sus limitaciones han tenido un impacto sobre las fuerzas armadas difícilmente imaginable bajo un gobierno peronista. Esto es cierto, aunque es preciso decir que lo ocurrido era también difícil de imaginar antes de la terminación de la dictadura. Los procesos a las juntas y a otros responsables de la represión y la tortura fueron más allá de lo esperable, en parte motorizados por la propia lógica de un sistema judicial y a una opinión pública libre. Es posible que bajo un gobierno peronista se hubieran puesto mas límites, de una manera u otra, a estos procesos, o se hubiera aplicado el indulto o amnistía. A mi juicio ello no se debe a la existencia de sectores más de derecha en el peronismo - que los hay - sino más bien al hecho de que la mucha mayor presencia de elementos anti statu quo en el peronismo lo hace peligroso, y por lo tanto para curarse en salud éste prefiere poner sordina a las acciones que pueden infundir pánico en amplias capas de la derecha militar-empresarial. El radicalismo, en cambio, justamente porque sabe que no infunde ningún pánico en la derecha empresaria, puede emprender un trabajo específico sobre ciertos sectores militares. Lo cual ha sido muy positivo, y debemos alegrarnos de que haya ocurrido, pero no debe hacernos perder la perspectiva general.

HACIA UNA NUEVA COALICIÓN

Es un hecho, de todos modos, que en el peronismo existen, todavía, grupos de derecha, en cantidades no comparables con el radicalismo. ¿Cómo se compatibiliza esto con mi afirmación anterior de que el peronismo está colocado más a la izquierda, en general que el radicalismo? La respuesta es obvia en términos de todo el análisis que he estado haciendo: se trata en ambos casos de coaliciones entre actores sociales, y las condiciones peculiares de la Argentina, como de muchos países del Tercer Mundo, favorecen la creación de alianzas muy heterogéneas en el sector popular. Ocurre que, como es habitual en Argentina y en otras partes del continente, la baraja sigue mal barajada, y ello, claro está, por razones estructurales y no personales. Cuando digo "mal barajada", abusando algo del lenguaje, me refiero a que lo está desde el punto de vista de las perspectivas de una política socialdemócrata en el país.

Efectivamente tenemos que para una política socialdemócrata se precisan por lo menos dos elementos coaligados: la clase obrera sindicalmente organizada, y un equipo de intelectuales con fuerte componente técnico (tecnocrático, si se quiere, en otras palabras, fabiano). Sin esos dos componentes aliados, podrá haber democracia, incluso a veces avance social, pero no proyecto socialdemócrata. Se me responderá: ¿Qué importa si no hay eso que usted llama "proyecto socialdemócrata", si se consolida la democracia, y además se dan algunos avances, dentro de lo posible, en el terreno de lo social? ¿Acaso el peronismo en el poder podría haber hecho mucho mas en términos de conquistas sociales, dadas las limitaciones que las condiciones económicas internacionales ponen sobre nuestra

libertad de movimiento? ¿Acaso los mismos Miterrand o Felipe González no han tenido que dar marcha atrás en muchas de sus conquistas de cuño socialista, llegando incluso a tener que enfrentar a sectores de la clase obrera y del sindicalismo?

El argumento es sólido; al fin y al cabo, por algo la mayoría de la intelligenzia potencialmente socialdemócrata se ha volcado al alfonsinismo. Encuentran en él un lugar mas respetado, una mayor libertad de acción, una más grande garantía de que se van a consolidar las instituciones de la democracia en el país, empezando por las que operan en el seno del partido. Y la consolidación de la democracia, ya definitivamente se ha convertido para esa intelligenzia en aspecto prioritario de toda política hacia el socialismo. Ella no basta, claro está, pero de ninguna manera hay que poner en peligro su vigencia, ni argumentar que se trata de una democracia burguesa y por lo tanto cuestionable y reemplazable por otra más genuina. Hay que ampliarla, robustecerla, darle contenido social e igualitario, pero respetando sus reglas de juego.

El peronismo, aunque notablemente renovado en sus niveles dirigentes, aún mantiene fuertes características intolerantes, que en parte son reflejo del autoritarismo típico de los estratos más humildes de la sociedad argentina, pero que también derivan de la participación de sectores intelectuales de derecha. En ciertas provincias y en varios sindicatos, la renovación no ha ido aún muy a fondo. Todavía debe pasar más tiempo para que el peronismo termine de eliminar muchos elementos que son claramente nocivos a la democratización, tanto en la vida diaria, como en las instituciones que controla y en el ámbito cultural. Este último es un tema particularmente importante para la intelligenzia, puesto que se trata de su área de actividad. La tendencia es en el sentido de una depuración, pero ella no es automática o inevitable. Hay que generarla, peleando por ella, tanto desde adentro del peronismo como también desde afuera, por parte de quienes estarían dispuestos a colaborar con un justicialismo débilmente modernizado, purificado de ciertos componentes que pueden haber sido inevitables en etapas previas del desarrollo nacional, incluso necesarios para formar la coalición triunfadora 1943-46, pero que hoy son perjudiciales en términos de capacidad de convocatoria, e indeseables por motivos éticos ideológicos.

Volvamos ahora a la tesis de que la socialdemocracia exige, además de una democracia consolidada, una mecánica de reforma social, sin duda limitada por los condicionantes externos e internos de la economía y por la estructura de clases, pero que debe ser, en cada momento, lo mas audaz posible. Y para esto es preciso tener a la fuerza sindical incorporada directamente al esquema partidario, o indirectamente aliada. Por lo menos una porción muy importante del sindicalismo debe estar con el movimiento socialdemócrata, y el resto, aunque eventualmente se adscriba a un partido distinto, no debe estar ubicado como principal antagonista. Es por esto que no me parece que el esquema alfonsinista sea el modelo adecuado para una fuerza socialdemócrata en la Argentina, a pesar de las intenciones de una buena parte de la dirigencia radical actual. No estoy pensando ahora en críticas a medidas concretas, incluso las que el equipo económico se ha visto obligado a adoptar, de tipo excesivamente recesionario o regresivo en el aspecto distributivo. No es esa la base de mi crítica. También en España o Francia se adaptaron en determinados momentos ese tipo de políticas (y antes en otros casos semejantes). Lo que me parece más determinante es saber si en la "casa" político-partidaria que estamos examinando están incluidos los dos elementos antes aludidos como indispensables: la intelligenzia y la fuerza sindical. No lo están en el radicalismo, luego ésta no es una fuerza socialdemócrata. Pero tampoco lo están en el peronismo, luego ésta tampoco lo es. ¿A dónde recurrir entonces? ¿A alguno de los grupos pequeños de la izquierda más "pura"? Estos son demasiado minoritarios, y antagonicos entre sí, como para convertirse en un plazo prudencial en principal vehículo del proyecto. Es preciso tenerlos en cuenta, y no sólo a los de explícita convicción socialdemócrata, para no desperdiciar el poder de movilización y de convocatoria, y el entusiasmo juvenil que a menudo poseen, aunque muchos de ellos quedan fuera de la fórmula socialdemócrata, porque ésta necesariamente debe enfrentarse a las inmadureces y a los extremismos voluntaristas tan difundidos entre activistas de izquierda. De todos modos, hay que incorporar una importante parte de este grupo humano, lo que se facilitará si dentro de él se robustece el sector que explícitamente comparte los valores que se pretende defender.

Por el momento, la continuación de un gobierno radical da mas garantías de estabilidad democrática, y más tiempo al peronismo para transformarse de manera permanente, que si éste asumiera el poder en condiciones que pueden llegar a ser prematuras. Sin embargo, a la larga, el justicialismo es un órgano mas adecuado para la canalización de una política socialdemócrata. No como partido único representante del proyecto, sino como componente, seguramente principal, en una nueva alianza, que incluya otro sector, relativamente menor electoralmente pero no despreciable, explícitamente socialista. No estoy hablando de una mera coalición entre lo que es hoy el justicialismo (43% del voto nacional incluyendo escisiones locales) y la actual izquierda (un 7% dividido casi en partes iguales entre intransigentes, socialdemócratas, trotskistas y comunistas), una parte de la cual no es usable debido a su extremismo. Lo que se precisa es que desde el justicialismo, o de un sector de esa izquierda renovada se de una convocatoria equivalente a la que en su momento realizó Alfonsín, que cambió la imagen y la realidad de la

dirigencia intermedia radical, que adquirió un perfil intelectual y profesional que nunca había tenido.

Para que esta convocatoria se de se precisa en parte un reflujo de individuos desilusionados, incluso algunos que han desempeñado cargos importantes, pero más que nada, la incorporación de sectores generacionalmente nuevos. Si se dispone aún de otra presidencia radical para preparar el proceso, él puede darse. De aquí a las elecciones de 1989 es muy escaso el tiempo disponible, aunque no es imposible ensayar el esquema, y por cierto que es esencial iniciarlo.

De hecho, existen tendencias en el sentido indicado. La victoria de Cafiero en la provincia de Buenos Aires fue en parte debida al vuelco de electores de la izquierda neta (votantes del partido intransigente en 1985) y en parte resultado del retorno al justicialismo de votantes de orientación izquierdista que lo habían abandonado ante la derechización patente entre 1974 y 1986. Además, el proceso es deseable desde el punto de vista de los valores socialdemócratas, y de ninguna manera amenazante para la democracia, sobre todo si se verifica con la lentitud que exigen los procesos importantes. Esto implicaría que el radicalismo habría sido un alojamiento temporario - importante y necesario - para un amplio sector de la izquierda, falto de techo durante un largo período. La consolidación de un marco democrático permite abandonar el refugio temporario, que ya no sirve para nuevas empresas. En política a menudo hay que actuar de esa manera. También los ingleses, después de apoyar a Churchill durante la guerra, apenas terminada ésta lo devolvieron a sus actividades privadas, lo que no dejó de tener un cierto sabor de injusticia histórica, o desagrado, pero es así como se dieron las cosas; el resultado fue bueno para el país, y de ninguna manera dramático para el mismo Churchill, que después de unos años, por otra parte, volvió al poder. Sin querer establecer paralelos estrictos, que no serían aplicables, hay que estar dispuestos a que para desarrollar un proyecto socialdemócrata en el país se precisa una muy peculiar mezcla de ruptura y de preservación del actual esquema partidario bipolar. El radicalismo, dada la composición de clase de su estructura partidaria y sobre todo de su electorado, no sirve más que en pequeñas porciones, como complemento eventual, si un sector se desprendera de su seno para incorporarse a una nueva coalición. Por otra parte, el peronismo sólo con una mas avanzada renovación puede convertirse en componente de una coalición socialdemócrata. ¿Querrá hacerlo? Porque aunque a muchos lectores la perspectiva social-demócrata les pueda parecer deseable, ello no tiene porque ser el caso de la dirigencia peronista. De hecho, para muchos no lo es. Sin embargo, creo que los hechos van a ir demostrando la necesidad de esta reorientación, que ya está en gran medida en marcha. Baste al respecto observar el comportamiento de los dirigentes sindicales, que desde las épocas del primer peronismo, en que pretendían formar una central latinoamericana autónoma (ALAS) se han integrado finalmente en la CIOSL, hegemónicamente socialdemócrata. En la transición, como en todo hecho social, han actuado motivaciones y causas positivas y negativas. Al fin y al cabo, el proyecto ALAS tenía sus bondades, pero desgraciadamente en sus motivaciones había demasiado de nacionalismo cerrado, hegemonismo argentinista, y concepciones semitotalitarias acerca de la relación entre gobierno y pueblo.

Para terminar, resumiendo algunos de los puntos expresados en estas páginas, creo que en el presente momento el modelo socialdemócrata no tiene hogar partidario adecuado en la Argentina, aunque es legítimo para individuos con esa ideología militar en varios lugares: sea en el radicalismo, buscando sobre todo robustecer su rol de defensor de la incipiente democracia, como en el peronismo, para renovar más a fondo sus estructuras, o en los varios partidos autodefinidos de izquierda, para actualizarlos y adecuarlos a la realidad nacional. Pero en algún momento hay que dar el paso siguiente. Ese paso implicará un progresivo corrimiento partidario, que deberá incluir al justicialismo y reconocer un rol a buena parte de las estructuras de poder del actual sindicalismo, parcialmente renovadas ambas, ya que es ilusorio seguir fantaseando con su desaparición. En este proyecto la ideología socialista debe interpretarse y evaluarse en base a las tradiciones intelectuales latinoamericanas, no las europeas. También la socialdemocracia europea ha incorporado elementos extrasocialistas del acervo cultural de sus propios países. Pero el proyecto sólo podrá funcionar si se da una amplia convocatoria de sectores intelectuales, tanto juveniles como tecnocráticos, que converjan en una coalición o directamente se incorporen a los partidos del área popular. No se trataría de modo alguno de una reedición del FREJULI de 1973, aunque sí implicaría un reencuentro de gente que en ese momento actuó o votó coincidentemente. La diferencia es esencial. En 1973 el FREJULI combinaba, de manera muy tradicionalmente populista, a las extremas derecha e izquierda, con intenciones mutuamente manipulativas, y fuertes cargas de violencia. En muy pocos había una clara concepción del juego democrático, aunque Perón, al menos en sus declaraciones, demostró haber sido un excelente estudiante de la realidad europea durante sus años de exilio madrileño. No puede decirse lo mismo de la práctica del mismo Perón, ya que el rodearse de asesores y amigos como López Rega era directamente contrario a esa adquirida fe en la democracia. Dejando para futuros historiadores el esclarecimiento de las condiciones en que se formó y actuó el FREJULI, la diferencia con lo aquí propuesto es evidente. Las posiciones extremas no estarían ya presentes, aunque más de uno de los individuos que las sostenían volverían a figurar. Ya no habría un seguidismo mitológico de la clase obrera, pero sí una convicción en la necesidad

de su presencia organizada para avanzar hacia los ideales compartidos. Para entrar en una coalición de este tipo todos deben hacer concesiones, las que serán mas fáciles si lo que predomina es una estructura altamente federativa que garantice áreas de autonomía. En lo referente a los intelectuales, ellos deben tener presente que así como la socialdemocracia para arraigar en el panorama político europeo tuvo que hacer concesiones a las realidades sociales de sus respectivos países - como se señalaba al comienzo de estas páginas - nosotros en este continente debemos hacer adecuaciones equivalentes, pero diversas. Se las hizo al entrar en una coalición tan policlasista como el alfonsinismo, y se las deberá hacer para entrar en coalición con un movimiento que, como el peronismo, seguirá por bastante tiempo teniendo caracteres poco atractivos para los ideólogos más exigentes. Saber apreciar el momento y el grado de estas convergencias actitudinales, que por cierto deben venir de ambas partes, es la tarea principal que debe enfrentar una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina.